

había visto a su hermana y arrepentido de su mala conducta, se arrodilló al lado de Juan sin atreverse a decir una palabra.

—Luis, murmuró el heroico niño, hoy te he devuelto en parte lo que te había quitado...

Luisito le estrechó cariñosamente la mano, diciendo:

—Perdóname, Juan, perdóname.

No hay que hablar más de eso; desde hoy seremos amigos.

Y desde aquel día se quisieron como hermanos.

*
* *

Luisito siguió la carrera de su padre. Juan se hizo sacerdote, y andando los años bendijo el matrimonio de su amigo, cuyos hijos le llamaban después cariñosamente “el tío cura.”

UN PEDAGOGO

DE LA ÉPOCA DEL RENACIMIENTO

La más atractiva y amable personalidad entre los representantes del Renacimiento cristiano es Victorino de Feltre, el mayor pedagogo italiano de la época del Renacimiento. Pertenece Victorino al número de aquellos hombres que consagraron todo su ser a un solo objeto, para el cual son en alto grado aptos por su talento y prudencia; y al marqués Juan Francisco Gonzaga corresponde el mérito de haber señalado a aquel egregio varón su vocación propia, llamándole a Mantua en 1423 para confiarle la educación y entregarle la dirección de la escuela superior de aquella ciudad. Victorino comenzó su obra con una fundamental purificación de la *Casa Giocosa* (mansión alegre), como se llamaba el nuevo establecimiento de educación, agradablemente situado en las cercanías del lago de Mantua. Por orden suya desaparecieron las magnifi-

cas alhajas de oro y plata, los criados livianos y los compañeros de juego; y en todas partes substituyó a la anterior magnificencia un orden severo y noble sencillez. Todas las mañanas debían sus discípulos oír la santa misa en la hermosa capilla de la casa, y luego comenzaba la instrucción, frecuentemente interrumpida con ejercicios corporales y recreaciones al aire libre. Victorino hacía acostumar a sus alumnos al frío y al calor, al viento y a la lluvia, siendo de parecer que muchas enfermedades tienen su único origen en la vida ociosa y demasiadamente delicada. No había sin embargo en su sistema de educación ninguna dureza espartana; el ánimo de los jóvenes debía aprender a acomodarse al orden libremente, de suerte que no estuviera oprimido, sino por muchas partes despierto y excitado. En verano, emprendía con sus discípulos grandes expediciones hacia Verona, al lago de Garda y los Alpes. Con férrea severidad exigía Victorino la urbanidad y las buenas costumbres, castigando sin miramientos especialmente las mentiras, maldiciones y blasfemias, sin hacer en esto diferencia alguna cuando el culpable era uno de los príncipes. Sólo en los casos más graves golpeaba a los discípulos, no usando por lo general sino los castigos que afectan el honor. Vigilaba con señalada solicitud el comportamiento moral y religioso de sus discípulos, pues, según su parecer, la verdadera formación no puede obtenerse sino por medio de una íntima unión de la ciencia con la religión y la virtud. "Un hombre perverso—solía decir—no podrá ser un perfecto erudito y menos un buen orador."

El sistema de enseñanza de Victorino era sencillo y conciso, guardándose severamente de las agudezas entonces comunes. "A discurrir quiero yo enseñar—decía,—no a delirar." Los antiguos clásicos formaban, naturalmente, el fundamento de la enseñanza superior; pero eligiendo solícitamente los apropiados para la juventud; y el piadoso varón hablaba con tal enojo de los poetas lascivos, que,

como dice uno de sus discípulos, parecían salir de su boca no palabras sino truenos y relámpagos. Explicaba los clásicos con el espíritu de los padres de la Iglesia, haciendo resaltar con preferencia la verdad moral y religiosa que se halla en los escritores gentiles, y mostrando cómo todo aquello son únicamente pálidos vestigios de una primitiva revelación divina; sin ocultar los grandes defectos morales de los antiguos, aun de los más egregios, oponiéndoles expresamente la inmaculada pureza de los santos y la verdadera imitación de Cristo, soberano e inasequible ideal de la humanidad. Al lado de los estudios clásicos no se descuidaban las ciencias matemáticas, ni tampoco la lógica y la metafísica; poníase especial atención en los trabajos escritos, y no se omitía cosa alguna conducente para excitar la actividad individual. Victorino estaba siempre dispuesto a ayudar a los menos capaces; desde muy temprano se presentaba entre sus discípulos, y luego que los demás se habían entregado al sueño, trabajaba él todavía con algunos. Era ante todo, y sobre todo, maestro, y aunque extraordinariamente erudito y provisto de ideas, no escribió casi nada, empleándose todo en su actividad pedagógica, la cual consideraba como una vocación comunicada por Dios, en la que empleaba todas las fuerzas de su alma pura y desinteresada, buscando y mirando en ella su más preciosa recompensa. Habiendo un monje rogado al Papa Eugenio IV le diera permiso para acudir al establecimiento de Victorino, contestó el Padre Santo: "Vé, hijo mío; de buena fe te confío al más piadoso y santo hombre de los que ahora viven."

La gloria de Victorino se extendió pronto por todas partes, y de cerca y de lejos: aun de Francia, Alemania y los Países Bajos, confluían a él adolescentes ansiosos de saber, entre ellos no pocos menesterosos, a los cuales recibía Victorino con especial amor, y no solamente les enseñaba gratis, sino a su costa los mantenía, vestía y proveía de libros, y aun muchas veces socorría a sus familias. Para

estos alumnos recibidos *per l'amore di Dio*, erigió Victorino un establecimiento unido, sin embargo, con la escuela de los príncipes; por aquel colegio andaba solícito con la bondad de un padre, y por él lo sacrificaba todo aquel hombre abnegado que nada reclamaba para sí. No es, pues, maravilla que sus alumnos miraran a tal maestro con amor y veneración; y uno de los más notables entre ellos, Federico de Montefeltre, duque de Urbino, no menos distinguido por su valor que por su formación y nobleza de sentimientos, tenía puesta en su palacio la imagen de Victorino con esta inscripción: "A su santo maestro Victorino de Feltre, que le enseñó a conocer la dignidad humana con su instrucción y ejemplo, dedicó esta memoria, Federico."

La poderosa fuerza atractiva del gran pedagogo de Mantua, estaba sobre todo en sus elevados sentimientos religiosos, en sus cualidades morales, en su desinterés sin límites, conmovedora humildad y sencillez, y en el encanto de su ánimo de una pureza virginal. Todos sus contemporáneos hablan con especial reverencia de la piedad de Victorino. "Diariamente—refiere Vespasiano de Bisticci—rezaba el oficio divino como un sacerdote, observaba rigurosamente los ayunos, y acostumbraba a ello a sus alumnos. Antes y después de la comida, rezaba a la manera de los sacerdotes; recibía con frecuencia los santos sacramentos, y mandaba también a sus discípulos que confesaran cada mes con los observantes. Su casa era un santuario de buenas costumbres; de esta manera demostró con su ejemplo este preclaro varón que donde no falta un buen fondo moral, puede uno entregarse al estudio de la antigüedad, sin padecer por eso naufragio en la fe. Al paso que Victorino mostraba en todas las cosas que la ley moral cristiana era para él norma indiscutible en todos los terrenos, y acostumbraba a sus discípulos al uso regular y frecuente de los medios de salvación y fuentes de gracia de la Iglesia, sabía prevenirlos de todos los peligros que podía traer consigo el

cotidiano comercio espiritual con los escritos de los gentiles. A la piedad de Victorino correspondía su beneficencia; ningún fraile, ningún pordiosero que se le acercaran, se apartaban de él con las manos vacías; y a pesar de su intensa ocupación como maestro y educador, todavía encontraba siempre tiempo para visitar a las viudas y a los huérfanos, a los pobres y enfermos, y aun los tristes calabozos de los presos, derramando en todas partes el consuelo, la enseñanza y el socorro. Declinó de Victorino, que sólo aquél dejaba de recibir sus beneficios, cuyas necesidades le eran desconocidas. Tan grande beneficio le hubiera sido impracticable, si no se hubiera visto liberalmente auxiliado por el Marqués de Mantua y por los discípulos ricos; pero, por muy grandes que fueran las cantidades que recibía por tales conductos, todo lo daba a su vez para aliviar las miserias de sus semejantes. Cuando murió, a 2 de febrero de 1446, a la edad de sesenta y nueve años, sus bienes estaban tan gravados con deudas, que los herederos se negaron a admitir la herencia, y su cadáver hubo de ser enterrado a costa del príncipe. El humilde varón había prohibido que se le erigiera monumento alguno.

LUDOVICO PASTOR

(De la *Historia de los Papas después de la Edad Media*).

BIBLIOGRAFIA COLOMBIANA

I

José Joaquín Casas—RECUERDOS DE FIESTAS—J. Casas, editor—Bogotá—MCMXII—Páginas LXI en 16.º

Quando en los más centrales muros de la ciudad vimos el aviso de *Recuerdos de fiestas*, obra poética de José Joaquín Casas, no nos explicábamos, a la verdad, qué clase de poesías eran las que, con tan extraño título, recataba el libro en referencia, ni por asomo imaginábamos su excepcional contenido.